

La “salud mental” como problemática social y política

Enrique Guinsberg*

El secretario del Tesoro [de Estados Unidos], Paul O'Neill, advirtió a Brasil que los mercados financieros internacionales estarán observando de cerca al gobernante electo brasileño "para asegurarse de que no es una persona loca"

La Jornada, México, 29 octubre 2002, p. 28.

Sólo los enfermos mentales pueden atacar, como se ha venido haciendo, a la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Sólo los locos, los que no tienen escrúpulos, los que tienen ambición de poder y ningún respeto por las instituciones...

Diego Fernández de Cevallos, presidente del Senado de México, 2005.

Es injusto que apoyen la pastilla del día siguiente "tres o cuatro personas enfermas, esquizofrénicas y paranoicas de un país de tantos valores y espiritualidad como México".

Isidro Guerrero Macías, obispo de Mexicali, Tijuana y La Paz, La Jornada, México, 22 julio 2005, p. 45.

Resumen

En este artículo se intenta analizar lo indicado en el título y mostrado en los epígrafes del inicio, es decir, que la noción de “salud mental” no se limita al campo de la psicología sino tiene profundas connotaciones sociales, políticas y antropológicas: no sólo porque sus definiciones las más de las veces están cargadas de claras u ocultas significaciones ideológicas, y por tanto son instrumentos importantes para el “control social”, sino también porque todas las formas socio-históricas inciden de manera fundamental en la producción de la subjetividad y la llamada “salud mental”. Así pues, el estudio y crítica de ésta puede y debe ser un importante instrumento de combate a la dominación, es decir un arma política.

Abstract

This paper intends to demonstrate what is indicated in the title, and at the epigraphs. In other words, “mental health” notion isn't limited to the field of philosophy, but rather it has

* Psicólogo. Maestro en Ciencias y doctor en Estudios Latinoamericanos. Profesor e investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco. Codirector de la revista *Subjetividad y Cultura*. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

libra por la posesión de la mente humana" (Dichter, 1964, cursivas mías). Sin duda, una exageración ante el poder de las armas de ese tiempo y del actual, pero en rigor una absoluta verdad que es documentable en múltiples textos² y que obliga a decir, aunque sea doloroso y un nuevo reforzamiento a la idea de los límites de la racionalidad humana, que le ha permitido y permite al poder hegemónico múltiples triunfos en el terreno ideológico con base en tal comprensión y manejo: desde el del nazismo³ hasta la situación actual donde —pese a las condiciones de miseria, las desigualdades, la destrucción ecológica y la situación en "salud mental" que se verá después— el poder hegemónico lo sigue siendo también por aceptación de las mayorías que lo sufren, no buscan salidas alternativas y, en gran medida, siguen creyendo en las (falsas) expectativas que les ofrecen, en la imposibilidad de otros caminos o aceptan injustificables invasiones bélicas.

Es cierto que la izquierda y sectores progresistas tienen escaso o nulo acceso a los medios masivos de difusión —hoy el más importante poder de control e ideologización—,⁴ pero ésta no es la única explicación, pues donde lo han tenido han mostrado su poca capacidad para ello, y en gran medida ha sido el desconocimiento y desinterés por lo que la gente siente, piensa, quiere, que intentan acomodar sus postulaciones ideológicas sin lograrlo realmente.⁵ algo que, se reitera, sí han conseguido diversas fuerzas de derecha y el actual poder hegemónico.

Con plena conciencia de lo simple y esquemático de todo lo anterior, por la indicada limitación de espacio —cada uno de los aspectos señalados requeriría de varios tomos—, lo expuesto es sólo una brevísima introducción para plantear que *un análisis crítico de las actuales condiciones de "salud mental" debe y puede convertirse en arma de combate contra el poder hegemónico, por su responsabilidad en producir el actual estado*, por supuesto, uniéndola a otras formas de crítica, denuncia y lucha, en particular relativas a las condiciones de vida y futuro, pero para plantear alternativas no sólo teóricas sino que puedan ser sentidas por aquellos a quienes van dirigidas. Si, como ya se dijo, la "salud mental" puede ser entendida como una *síntesis*, no puede ser marginada como campo de crítica y combate en los distintos (y vinculados) aspectos.

² Véase, por ejemplo, Eudes (1984). Un análisis del problema, con múltiples datos, puede verse en Guinsberg, Matrajt, Campuzano (2001), y con respecto a la publicidad, Guinsberg (1984).

³ Véase el magnífico texto de Reich (1973), así como artículos de Goebbels y análisis de los mismos.

⁴ Sobre esto, véase Guinsberg (1984a, 1988 y 2005).

⁵ Tal vez haya sido una expresión extrema, pero de cualquier manera reveladora, la de una organización revolucionaria argentina que en 1976, sabiendo del golpe militar que se avecinaba, estaba convencida de que las masas reaccionarían contra tal proyecto, cuando era evidente para todos (excepto ellos) que no sería así, constituyéndose en un claro ejemplo de *voluntarismo e idealismo*. En definitiva, algo similar ha sido el desinterés de las burocracias del "socialismo real" por gustos, deseos y "necesidades" de la población.

Subjetividad y cultura

Tal como alguna vez escribió un muy conocido teórico y político que algunos quieren ver como sepultado en el valor de sus aportaciones, "la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo; es, en realidad, el conjunto de las relaciones sociales" (Marx, 1955:402), lo cual quiere decir que cada formación social busca construir el modelo de sujeto que requiere. Recuérdese al respecto los ejemplos tantas veces repetidos de que el periodo de tránsito del feudalismo al capitalismo en los países europeos centrales formó, a través del espíritu protestante del luteranismo y el calvinismo, un modelo de hombre que posibilitó la necesaria acumulación de riqueza: un hombre ordenado, frugal y avaro que hoy sería claramente definido como neurótico obsesivo⁶ (y de quien hoy quedan su conocido orden, puntualidad y limpieza, pero no la ausencia de fuerte consumo, lo que sería incompatible con el capitalismo desarrollado actual); o la histeria como principal cuadro diagnóstico de la mujer de fines del siglo XIX e inicios del XX que, como lo demostró Freud, era consecuencia de la moral victoriana dominante en esos periodos.

Porque resulta claro que, como ya se dijo, los ejemplos anteriores —tal vez muy gráficos, expresivos y contundentes— lo son de algo que *existe siempre y no es ninguna excepción*: en cada época y marco social se vive de una determinada manera de acuerdo a las situaciones que posibilitan las condiciones geográficas, sociales, económicas, políticas, etcétera: que nunca son estáticas y siempre se encuentran con cambios mayores y menores según los nuevos hechos que se van presentando. Salta a la vista que una vida nómada o sedentaria, rural o urbana, mística o atea, producirá psico(pato)logías genéricas muy diferentes que, a su vez, tendrán transformaciones más o menos coherentes con los cambios estructurales que los marcos sociales tengan.⁷

Ya fue indicado antes que en los países europeos centrales se mantienen antiguas actitudes de limpieza y puntualidad, pero la frugalidad y avaricia de las épocas de acumulación necesarias para la construcción capitalista han desaparecido, en congruencia con un sistema social que requiere de un alto consumo para mantenerse y sobrevivir. La histeria por supuesto no fue eliminada con la desaparición de la moral victoriana, pero no es ya el cuadro dominante, y han aparecido otro tipo de cuadros de acuerdo a la actual "revolución sexual" y condiciones históricas (las llamadas "patologías del fin del milenio"). Sobre esto pueden hacerse grandes y sustantivos desarrollos teóricos, que la antropología en particular ha realizado como parte esencial de su actividad, lo mismo que diferentes psicologías con base antropológica, el etnopsicoanálisis, los psicoanálisis que incluyen a la cultura

⁶ Un buen desarrollo de tal relación puede verse en Michel Schneider (1979).

⁷ Un muy amplio panorama de esto a lo largo de la historia véase en Rosen (1974).

entre sus parámetros, etcétera. Tal conocimiento será el marco contextual del estudio de nuestro caso *concreto y presente*, sobre el cual todavía se ha estudiado muy poco y queda muchísimo más por investigar.

Pero para este trabajo lo sustancial es destacar *que ninguna cultura o formación social es inocente respecto a las características psicosociales de los sujetos que forma*, por lo cual es totalmente válido hacerla responsable de tal producción, aun reconociendo que en múltiples casos algunas de esas características no son intencionales sino consecuencias indeseadas o inesperadas: por ejemplo, la histeria antes citada, o en la actualidad el incremento de algunas tendencias que luego se mencionarán.

Por esto, muchos profesionales o escuelas del campo *psi* buscan en su práctica formulaciones teóricas, negar tal vinculación —no siempre de manera intencional sino como una clara expresión ideológica—, para así deslindar de esa responsabilidad al sistema del que son tributarios. Claras expresiones de estas posturas son, entre tantos otros, el conductismo, el psicoanálisis del yo, muchas expresiones del psicoanálisis ortodoxo que puede ser considerado “domesticado” (Guinsberg, 2001 y 2004).^{*} la mayoría de las actuales tendencias no casualmente llamadas *light* y, por supuesto, las antes señaladas como visiones “psicologistas” que, al centrarse sólo en lo psíquico de los sujetos, toman distancia de los factores socio-históricos que actúan sobre éstas. Han sido múltiples las críticas hechas a estas posturas, sobresaliendo las producidas por todo tipo de psicologías críticas y, en particular, por la conocida como “antipsiquiatría”, con un auge importante en las décadas de los sesentas y setentas.⁹

Polisemia y peligros de la llamada “salud mental”

El entrecomillado de “salud mental” en este subtítulo y en los párrafos anteriores por supuesto no es casual. Puede parecer una paradoja, y lo es, que *salud mental* sea un término tan utilizado, incluso como denominación de una disciplina, y a la vez su definición o conceptualización resulte tan compleja y polivalente que no pocos la consideren imposible. Sin embargo, su uso continúa en sectores profesionales y en donde no lo son, seguro como

^{*} La idea de psicoanálisis *domesticado* hace referencia al que no tiene, en diferentes grados, sentido crítico respecto a las causas socio-históricas productoras de la psico(pato)logía.

⁹ En un libro anterior ya citado (1990 y 1996) se consideran a las corrientes de la misma como el equivalente en el campo de la “salud mental” al espíritu contestatario y de rebeldía existente en ese periodo, con infinidad de valiosos aportes tanto de crítica como de propuestas concretas. El nombre de *antipsiquiatría* fue planteado por uno de sus mayores representantes, David Cooper, pero luego cambiado porque muchos de sus integrantes consideraban que no se oponían a la psiquiatría sino a las corrientes dominantes y hegemónicas de la misma (con sentido manicomial y represivo), frente a las cuales planteaban una alternativa antagónica de carácter liberador.

consecuencia de una lamentable traspolación proveniente del campo médico, y del cual la psicología no siempre quiere o puede desligarse como debiera.

Dos han sido y son los criterios dominantes en sus intentos de conceptualización: el llamado *normativo*, que establece parámetros a determinados valores o normas, fuera de los cuales se encontraría lo no-sano o patológico, y el conocido como *estadístico*, que surge por influencia de la antropología cultural y por tanto rompe con la idea de un modelo de "salud mental", para reemplazarlo por la comprensión de que cada pueblo (y cada época del mismo) tiene características diferentes como consecuencia de formas diversas de adecuación a su realidad concreta: lo "sano" se definiría en función de la concordancia con los comportamientos de la mayoría de la población, por lo que no es equivocado definirlo también como *adaptativo* o, uniendo ambos conceptos, como *estadístico-adaptativo*.

Si el primero de tales criterios de manera categórica puede responder a expresiones ideológicas, filosóficas o religiosas en la mayoría de los casos —se busca lo que se entiende que el hombre *debe ser* de acuerdo a tales expresiones—, el segundo tampoco escapa a tales significaciones al producir una especie de identificación entre "salud" y "normalidad", aun cuando tiene el mérito de aceptar la no existencia de un modelo único de hombre —que en otras épocas, persistiendo incluso en la actualidad en no pocos casos, respondía a las sociedades coloniales o imperiales dominantes—, para reconocer que lo "sano" debe entenderse en función de cada sociedad específica.

Tal sinonimia entre "salud" y "normalidad" tiene serias consecuencias tanto teóricas como prácticas, pues posibilita la actuación del profesional de "salud mental" como instrumento —muchas veces no consciente pero no por eso menos real— del *control social*, como tanto lo ha criticado el ya citado movimiento alternativo a la psiquiatría e incluso ciertas corrientes del campo psicoanalítico (que, también, cuestionan seriamente la propia idea de "salud mental" e, incluso, una idea estadística al respecto).

Resulta entonces claro que tal equiparación entre "salud" y "normalidad" no sólo no es válida, sino hasta puede afirmar lo contrario desde perspectivas no adaptativas. *Normalidad* no es otra cosa —al menos desde parámetros sociales, aunque puede tener otra significación desde el análisis de los procesos psicoevolutivos—¹⁰ que el respeto o cumplimiento de una norma o condición imperante en un determinado marco social y en una época específica, y que puede, o no, cambiar en otras circunstancias. *Es entonces evidente, y la historia lo demuestra, que esto es algo que difícilmente*

¹⁰ Otro sentido de normalidad —en este caso adecuado y válido— es el relacionado con procesos evolutivos en todos los aspectos del desarrollo humano: por ejemplo, edades de aparición de cada una de sus funciones, etapas cronológicas (de inteligencia, sexuales), etcétera. Es lo que plantean Freud con su evolución libidinal, Piaget con la inteligencia, Wallon, entre otros.

coincide con una idea inmutable de "salud mental". Dentro del campo psicológico, recuérdense los cambios indicados respecto al presente entre la persona "normal" de los países europeos centrales, en el periodo de transición del feudalismo al capitalismo, y los múltiples cambios ocurridos en todos lados ante las vertiginosas transformaciones actuales, donde lo "normal" de hace sólo pocas décadas hoy es muy diferente. *Puede verse cómo esta concepción de "salud mental" excede a lo psicológico para penetrar categóricamente en el terreno de la necesidad que tiene cada sociedad de construir un modelo de sujeto adecuado a su mantenimiento y reproducción.* Es válido entonces considerar que el estudio de esto no puede limitarse al campo exclusivo de lo social o psicológico. Se trata de un verdadero problema de tipo *transdisciplinario* —es decir, que escapa a las disciplinas particulares, sin negar los aportes de éstas—, y puede ser entendido como la síntesis más alta de todos los factores que actúan en el y sobre el ser humano.

Si esto es así, resulta evidente la imposibilidad de una conceptualización absoluta de "salud mental", en tanto sus formas concretas dependerán de los diferentes aspectos actuantes sobre el hombre de cada circunstancia histórica específica. De allí lo ideal de la clásica definición de la Organización Mundial de la Salud ("Salud mental es el estado de completo bienestar físico, mental y social, y no sólo la ausencia de enfermedad"), que al querer decir todo dice muy poco —¿es acaso posible un estado así?—, pero al menos tiene el mérito de incorporar, sin negarlos, todos los factores que destaca.

Para terminar con este criterio, y sólo viendo definiciones institucionales para no entrar en las múltiples de diferentes profesionales, una abstracción similar fue planteada en 1948 en un Congreso de Higiene Mental realizado en Londres, donde se señaló: "La salud mental consiste en el desarrollo óptimo de las aptitudes físicas, intelectuales y emocionales del individuo, en cuanto no contraríe el desarrollo de los otros individuos". Si bien aquí ya no se habla de un "completo bienestar" sino de un ya relativo aunque de hecho también bastante ideal "desarrollo óptimo", es pertinente la opinión de Caruso al respecto:

Pero tales definiciones son en primer término negativas, limitativas y además plantean cuestiones extremadamente complicadas. Aceptando que una sociedad sea injusta, ¿cómo conciliar el desarrollo óptimo de los oprimidos con el de los opresores?, ¿qué es el óptimo desarrollo de un esclavo en una sociedad esclavista?, ¿de una mujer en una sociedad patriarcal? Lo óptimo de los opresores se puede mantener *solamente* en detrimento de lo óptimo de los oprimidos y viceversa (1964:22).

Si es imposible "un estado de completo bienestar" ya que, por sus características de sujeto inserto y producto de un marco cultural, es inevitable la existencia de conflictos y no resulta posible la satisfacción de todos los deseos, *resulta teóricamente más adecuado y útil eliminar la búsqueda de una*

definición absoluta e imposible de "salud mental" y manejar la noción de conflicto psíquico proveniente de la teoría psicoanalítica, clara síntesis de todo lo que incide en el Sujeto psicosocial.

Conflicto psíquico existente siempre y en todos los seres humanos, aunque con magnitudes cuanti y cualitativas diferentes, como consecuencia precisamente de su inserción y surgimiento en una cultura que, a través de sus normas y valores, permite tanto el funcionamiento de y en un orden colectivo como, de manera inevitable, impide, inhibe o limita la factibilidad del cumplimiento de todos los deseos de cada ser individual.

Con base en lo anterior no es casual que las corrientes alternativas de las décadas de los sesentas y setentas hicieran una fuerte crítica al uso de las nociones clásicas de "salud mental", de "normalidad" y a quienes las utilizan. Las búsquedas de adaptación y control social cuentan con esas posturas y profesionales para justificar "científicamente" la condena a la crítica y a la diferencia: ¿acaso no es común que, desde el poder y en la vida cotidiana, se vea como "loco" a todo aquel que actúe o piense diferente a los demás, e incluso se le envíe con un psiquiatra o se le interne?¹¹ Respecto a esto, los epígrafes de este trabajo son claros ejemplos de infinidad de situaciones similares en todos los terrenos de la dialéctica social, donde se reemplazan los cuestionamientos críticos en el ámbito que corresponda (político, económico, etcétera) por una "psiquiatrización" desvalorizante.

Desde una postura psiquiátrica alternativa y crítica, Jervis ubica y define con precisión las significaciones de las nociones de desviación y en consecuencia de desadaptación:

Una persona *desviada* es aquella a la que se atribuyen comportamientos desviados más o menos estables y típicos, que permiten caracterizarla frente a su ambiente social. Dicho ambiente, en cuanto expresa unas normas que el desviado resulta violar, expresa siempre —asimismo— unas *sanciones* respecto al desviado. Es decir, la sociedad adopta, formal o informalmente, una serie de medidas, por lo general de tipo punitivo, que tienden a devolver al desviado al seno del comportamiento normal, a neutralizar sus acciones o a marginarlo más o menos radicalmente del consorcio de los individuos "normales". La clase dominante tiende a imponer a toda la sociedad los modelos de comportamientos que son aceptables, y aquellos que, por el contrario, están *prohibidos*, o sea sometidos a sanción (1979:69 y 70).¹²

¹¹ Respecto a esto deben recordarse las fuertes críticas que se le hicieron a la ex Unión Soviética por internar disidentes en hospitales psiquiátricos con base en la idea de que si tal modelo era perfecto, quienes estaban en contra eran "locos". Crítica correcta pero que olvida que, aun cuando de maneras más sofisticadas, algo similar hacen múltiples países "civilizados" actuales.

¹² En torno a esto son fundamentales los planteamientos de Foucault en toda su obra, pero sobre todo en un libro cuyo título es muy claro: *Vigilar y castigar* (1976).

Pero más allá de la descripción del problema, Jervis luego apunta a sus causas, formas y consecuencias:

Todas las culturas poseen una *ideología* de la desviación: es decir, poseen unas ideas que tienden a justificar la gestión represiva de la desviación. La principal de estas teorizaciones ideológicas se refiere a la negación del carácter relativo, o sea convencional, de la desviación. El código de la desviación se impone con mayor facilidad si el sujeto desviado es castigado como violador de un ordenamiento absoluto. En las culturas de sello religioso el desviado es identificado con el violador voluntario de un ordenamiento de directa procedencia divina. En las culturas "secularizadas", en cambio, sobre todo si predomina la ideología de la ciencia, el orden social tiende a encontrar su justificación ideológica en la objetividad de las leyes naturales. En tal caso, el desviado es identificado con un enfermo o con un ser biológicamente anormal. El código de la desviación se refiere en tal caso a una ideología *naturalista*. La influencia del positivismo médico sobre la psiquiatría y la criminología europeas a fines del siglo pasado ha contribuido a acentuar esta tendencia, hasta el punto de permitir, todavía hoy, la supervivencia de conceptos como los de "delincuente tendencial" o "psicópata degenerado". Estos conceptos, científicamente inconsistentes, pueden ser considerados como ejemplos de la transformación de una ideología social reaccionaria en disciplina académica" (*Ibid.*:70 y 71).

Algo que comprendieron a la perfección distintos intelectuales críticos al resaltar que los profesionales *psis* pueden ser "funcionarios del consenso": según Basaglia desde una perspectiva gramsciana: de manera menos teórica pero gráfica, "policías de la mente" para Laing, y "como efecto de esta nueva circunspección, un ejército entero de técnicos ha venido a relevar al verdugo, anatomista inmediato del sufrimiento: los vigilantes, los médicos, los capellanes, los psiquiatras, los psicólogos, los educadores" (Foucault, 1976:19).

Pueden verse entonces los ejes centrales de las ideas de *desadaptación-desviación*: imposición de modelos de comportamiento y pensamiento presentados como universales, señalamiento de castigos y sanciones (morales o físicas) a quienes no los acepten, manipulación de planteamientos científicos como cobertura de posturas ideológicas para la justificación del más claro y crudo *control social*. Tan claro y crudo como lo postula uno de los más conspicuos teóricos del estructural-funcionalismo sociológico en un capítulo no por casualidad titulado "La conducta desviada y los mecanismos de control social", de uno de sus principales textos (Parsons, 1982), donde desde el inicio del mismo destaca que "la dimensión desviación-conformidad era inherente y central a toda la concepción de la acción social y, por ende, de los sistemas sociales", existiendo siempre "una expectativa de conformidad con la exigencia de la pauta", y complementariamente "implica la existencia de unos criterios comunes sobre lo que es una conducta 'aceptable' o aprobada

en algún sentido". Para que no haya dudas refuerza tal posición al escribir que "a todas luces se aprecia que la concepción de la desviación como una perturbación del equilibrio del sistema interactivo constituye la perspectiva más importante en los análisis de los sistemas sociales" (*Ibid.*:237 a 305).

Más adelante reitera que "toda acción social se encuentra orientada por normas y las orientaciones de valor incorporadas en estas normas deben hasta cierto punto ser comunes a los actores en un sistema interactivo institucionalmente integrado", por lo que, en sus palabras, tal como se vio, convierte al problema de la conformidad en el eje fundamental del análisis de los sistemas sociales, razón por la cual define que "nuestro interés principal no radica en la integración interna de la personalidad, sino en el ajustamiento del objeto a los objetos sociales y a las pautas normativas". Más claro imposible: no importa la "salud mental" o patología de los individuos ("la integración interna de la personalidad") sino la integración-adaptación de éstos a las premisas sociales. Con tal base es comprensible que Parsons entienda como integración positiva a la que llama "conformativa", y negativa a la "alienada", no vacilando en considerar que, en un sentido muy amplio, "la persona alienada activamente se encuentra predispuesta hacia el delito individualizado (y) se inclina a desafiar las sanciones, a retar a otros a 'hacer algo'", por lo cual no puede sorprender que esto lo relacione a una idea de "enfermedad" e indique que "en la sociedad norteamericana la enfermedad se encuentre en gran parte motivada, y por consiguiente cabe considerarla legítimamente como una forma de conducta desviada".¹³

Absolutamente antagónica es la postura hecha desde una perspectiva crítica donde se cuestionan los valores y sentidos de la normalidad construidos socialmente, que puede sintetizarse en que invierte la situación, y así como para quienes defienden la equiparación anterior: el "normal" estadístico es mentalmente "sano". Aquí se plantea lo contrario: "Ante este panorama. Atxoutegui ha llegado a preguntarse si no debería existir una categoría psicopatológica denominada normópata, que define como 'el individuo que se adapta a las normas impuestas por la clase dominante de su sociedad y jamás adopta posturas independientes o rebeldes cuando llega el caso'" (Dobles, 1990: 204).¹⁴ Concepto muy interesante al entender precisamente al sujeto "normal" como aquel que acepta de manera pasiva por principio todo lo que su cultura (idea más precisa a la de "clase dominante" utilizada por tal autor) le señala como bueno, justo y correcto, no animándose a cuestionar nada y muchas veces ni siquiera a pensar algo diferente pero, eso sí, a juzgar de modo crítico a quienes lo hacen e incluso condenarlos o aceptar que los condenen (algo muy similar a lo que política y socialmente se conoce como "ma-

¹³ Al tratarse de un texto teórico sobre los sistemas sociales es obvio que tal referencia a la sociedad norteamericana es sólo un ejemplo de una perspectiva sociológica general.

¹⁴ La idea de Joseba Atxoutegui es tomada de su texto (1982).

yoría silenciosa"). Importante campo de lucha ideológica y política frente al poder hegemónico que debe sumarse a otras en los terrenos políticos, sociales y económicos, pero con clara conciencia de que cuando se logran cambios estructurales o revolucionarios también pueden producirse profundas modificaciones en torno a las nociones de "salud mental", y por tanto surge una nueva "normalidad" que se convierte en un nuevo poder hegemónico, con los consiguientes y conocidos riesgos, donde nunca debe perderse la perspectiva crítica (aunque puede ser otra crítica).

"Salud mental" y nuestro malestar en la cultura

Si en lo teórico anterior ya puede verse con absoluta nitidez el carácter y sentido social y político de las nociones supuestamente sólo psicológicas de "salud mental" —con sus significaciones para esos campos y para toda postura crítica—, con mayor razón puede observarse en cada uno de los casos políticos e históricos específicos que corroboran lo teórico indicado y que muchas veces no se hace por tal razón. Si, como se vio, negar las vinculaciones señaladas responde, de manera consciente o inconsciente, al intento de no responsabilizar a las formas sociales y políticas en la producción de psico(pato)logía, otro camino, más sutil, es el de reconocerlo (en diferentes grados), *pero estudiando periodos históricos pasados o lejanos, no los presentes*.

En el subtítulo aparecen dos ideas por precisar antes de abordar mínimamente la realidad actual. En la primera las cursivas de *nuestro* es para dejar en claro un aspecto epistemológico fundamental: el valor de los conocimientos en ciencias sociales se prueban y deben concretizarse ante cada realidad *concreta*, sin lo cual se convierten en generalizaciones que eluden el abordaje del presente inmediato, algo que las más de las veces no ocurre por casualidad y casi siempre se produce por el carácter de "domesticación" antes indicado.

La segunda es el concepto de *malestar en la cultura*, título de una obra de Freud, tampoco por casualidad tenida poco en cuenta y procesada por sus continuadores ortodoxos e institucionales en la magnitud debida porque obligaría a peligrosos análisis *concretos* que prefieren no hacer, o sea, producir un aterrizaje en cada realidad precisa y contemporánea, por lo indicado en los párrafos anteriores.

Ver algunas características de la "salud mental" y *nuestro* malestar en la cultura implica entonces un aterrizaje en la actual realidad con las características del modelo neoliberal hegemónico en la mayor parte del mundo, aunque sin dejar de lado la incidencia de las formas culturales actuales, entre ellas las de un también polivalente "posmodernismo", el desarrollo tecnológico, etcétera.

Ver el modelo de *sujeto* y de *subjetividad*, así como de "salud mental" de nuestra época neoliberal implica conocer las características de este modelo

social y de producción para comprender su incidencia en el psiquismo del tipo de *Hombre Necesario* que construye. En términos harto generales y esquemáticos este modelo hace del *mercado* el centro absoluto de la dinámica económica, sometiendo todo el funcionamiento social a sus leyes (dentro de la mayor libertad y casi sin límites, lo que entre otras cosas implica la privatización de todo lo posible). El objetivo es la obtención de mayor producción y ganancias, para lo cual —a niveles nacionales y mundial— se impone un alto *rendimiento* dentro de una fuerte y constante *competencia*. A su vez, todo esto requiere de un también constante e incrementado *consumo*. Un funcionamiento social con tales características y requerimientos no puede dejar de incidir, y muy fuerte, en los modelos de *sujeto*, *subjetividad* y *psico(pato)logía* de quienes se forman y/o se desarrollan bajo sus leyes.

El primer aspecto a considerar —ya en creciente desarrollo desde los comienzos del liberalismo pero ahora fortalecido como nunca— es que el núcleo básico del funcionamiento social es el *individuo*, lo cual implica una importante y consecuente reducción de los intereses comunitarios o colectivos como valor determinante de la vida y las prácticas cotidianas. Esto provoca la búsqueda del triunfo y la ganancia a niveles individuales (sea personal, familiar o de una empresa) con diferentes grados de indiferencia, por lo que esto signifique para el marco social global, incluyendo en esto desde la derrota de los competidores o —mucho más grave— la destrucción que pueda provocar.

Tal predominio y centro *del y en el individuo* —fácilmente observable en múltiples expresiones de la vida cotidiana, sobre todo en ese gran muestrario que son las programaciones de los medios masivos y los anuncios publicitarios— provoca no sólo la conocida tendencia individualista del presente sino también considerar al *narcisismo* como el cuadro *psico(pato)lógico* dominante del presente. En este sentido debe quedar claro que por tal tendencia se entiende no sólo el conocido cuadro de tal nombre sino, y de modo fundamental, una modalidad de lo que Fromm define como el *carácter social* de una determinada época,¹⁵ cuya característica central sería algo muy parecido a tendencias privadas o *ego-ístas*, es decir, una central preocupación por uno mismo y su particular contorno, con escaso interés por lo general, salvo en lo que incide en lo personal.¹⁶ Esto es entonces lo que en la actualidad se entiende (e incluso acepta) como lo "normal" e implica una constante *competencia* de los individuos —que llega a ser una especie de

¹⁵ Pese a no seguirse la línea de este autor debe reconocerse la validez de esta noción, a la que define como el "núcleo esencial de la estructura del carácter de la mayoría de los miembros de un grupo, núcleo que se ha desarrollado como resultado de las experiencias básicas y los modos de vida comunes del grupo mismo" (Fromm, 1962:322).

¹⁶ Aquí se produce una interesante paradoja: los defensores del neoliberalismo repiten de manera constante que sus planteamientos son el correlato de la democracia, pero resulta muy claro que la intervención ciudadana en la vida pública es cada vez menor, limitándose a la formalidad del voto.

darwinismo social— por sobrevivir como mínimo y triunfar como aspiración máxima.

Frente a quienes cuestionan que una de las características centrales del hombre actual es acrecentar el *individualismo* —con aspectos muy *egocéntricos* con sus consecuentes *efectos narcisistas*—, diciendo que éste siempre existió y comienza su auge con el modernismo y el capitalismo, Lipovetzky inicia su trabajo considerando que “la privatización ampliada, erosión de las identidades sociales, abandono ideológico y político y desestabilización acelerada de las personalidades” indica que “vivimos una *segunda revolución individualista*” o, dicho de otro modo, “*una nueva fase en la historia del individualismo occidental*” (1988:5, cursivas mías).

Esto significa que “el ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas ha sido pulverizado; el proceso de personalización ha promovido y encarnado a nivel masivo un valor fundamental, el de la realización personal, el respeto a la singularidad subjetiva, a la personalidad incomparable”. Pero junto a esto se produce algo también importante que el autor reconoce pero da la impresión de no valorar en su magnitud: la existencia de “*nuevas formas de control y homogeneización que se realizan simultáneamente*” (*Ibid.*:7 y 8, cursivas mías).

El análisis de este autor es implacable, aunque contradictoriamente es un gurú de ciertas tendencias posmodernas:

No el más allá del consumo, sino su apoteosis, su extensión hasta la esfera privada, hasta en la imagen y el devenir del ego llamado a conocer el destino de la obsolescencia acelerada, de la movilidad, de la desestabilización. Consumo de la propia existencia a través de la proliferación de los *mass media*, del ocio, de las técnicas relacionales, el proceso de personalización genera *el vacío en tecnicolor* (*Ibid.*:10).

El narcisismo es entonces el símbolo de nuestro tiempo, pero las supuestas ventajas que señala Lipovetzky encuentran serio límite tanto en lo ya indicado como en otros múltiples aspectos: “socializa desocializando”, lo que ya es grave, pero también hace que hayamos pasado “de la ‘guerra de clases’ a la ‘guerra de todos contra todos’”, lo cual es mucho más grave y con obvias consecuencias.

A esto deben agregarse otros importantes aspectos. Ya se dijo que *ganar* (dinero, poder, *status*, etcétera) es hoy la explícita justificación para casi todo, aunque se recalca que ello debe hacerse respetando normas éticas y morales. Pero la simple lectura de periódicos indica cómo personas, empresas y naciones —sobre todo con base en el poder— no lo cumplen o lo hacen con parcialidad. La búsqueda del triunfo es también la justificación para el abandono de una actividad conjunta y solidaria entre los hombres y/o empresas, y su reemplazo por una *competencia* cada vez mayor y sin muchas preocupaciones por las consecuencias que provoca en los demás (influyendo

no pocas veces en el todo social y en la propia persona). Competencia en general no igualitaria —sobre todo para quienes parten de bases más débiles—, donde las actuales políticas económicas de privatización y búsqueda de rendimiento marginan a quienes (muchas veces amplias mayorías en los países pobres o subdesarrollados) no pueden acceder o ven reducidos sus beneficios sociales.

Otro aspecto relevante que no puede soslayarse es un marcado cambio en las psicopatologías preponderantes en nuestro tiempo, claros síntomas de la realidad que los produce, tal como fue indicado antes al señalarse algunos predominios en diferentes épocas históricas. Dentro de estos cuadros, imposible de desarrollar aquí, es la *marcada presencia de la depresión como cuadro dominante*. Y con seguridad no es necesario mostrar cómo esto es un claro analizador de las actuales condiciones histórico-sociales del mundo, que en la euforia modernizante que enorgullece al mundo desarrollado y tecno-científico, capaz de múltiples odiseas que han transformado y transforman al mundo a velocidades inusitadas y cada vez mayores, produce, de manera al parecer contradictoria, tal estado de vida con las significaciones que posee. Es cierto que esto ya se ha presentado antes pero por causas muy distintas y comprensibles (la creencia dominante a fines del primer milenio de la era cristiana sobre el fin de la vida en el mundo), *mientras ahora esto contradice las expectativas e ideas bienaventuradas de un progreso pleno tanto en el campo material como en el general, o sea en las condiciones de más amplias y mejores condiciones de vida del ser humano*.

Sin embargo, ¿cómo creer en esto cuando las depresiones (en sus múltiples variantes, desde las menores de tipo neurótico hasta las psicóticas graves) dominan en el mundo entero? Y si esto sería comprensible en las amplias clases y sectores sociales que sufren las consecuencias materiales de hambre, pobreza, marginación y carencias de todo aquello que ven en otros y el modelo económico publicita para todos (aunque sólo sea accesible a una minoría mundial), o en núcleos esclarecidos y conscientes de las actuales condiciones del mundo donde hay razones para la desilusión e incluso perspectivas no optimistas, ¿cómo puede explicarse como también predominante, incluso más, en sectores medios y altos de la estratificación social que pueden acceder, aunque en diferentes grados, a lo que el modelo hegemónico muestra y ofrece como los paradigmas de una vida plena y feliz?¹⁷ Por supuesto es inexplicable desde el mismo modelo —ni siquiera puede hacerse desde las perspectivas psiquiátrico-organicistas de "salud mental", por ausencia de razones para justificar un incremento en esas causas biológicas—, pero sí desde una perspectiva crítica del mismo, que justifica una

¹⁷ Un aspecto fundamental a destacar es cómo los núcleos privilegiados de la población también sufren las situaciones que se enumeran, algo conocido desde hace mucho tiempo y que puede graficarse en el nombre de una, en su momento, famosa telenovela mexicana: *Los ricos también lloran*. Aunque, claro, en condiciones materiales muy diferentes.

vez más la importancia y necesidad de ver a las actuales condiciones de "salud mental" como un campo más, y no precisamente secundario, en la lucha contra tal poder hegemónico. Tal explicación no es posible desarrollarla aquí y ya ha sido presentada en una extensa bibliografía (alguna bibliografía e incluso causas indicadas en estas páginas) que conlleva una fuerte crítica a los fundamentos del actual sistema de dominación y sus "efectos secundarios" en el terreno psicosocial.¹⁸

Sin duda, habría que agregar muchos otros aspectos, ahora sólo enumerados por razones de espacio: el marcado incremento de la soledad e incomunicación en un mundo cada vez con mayores medios de comunicación y posibilidad de relaciones; el aumento de tendencias esquizoides por la disociación entre distintos aspectos del individuo y las múltiples esferas del campo social; el crecimiento evidente de tendencias psicopáticas (que algunos textos psiquiátricos por error denominan sociopáticas); la vida cada vez más en presente, sin proyección de futuro; la búsqueda, sobre todo en sectores juveniles aunque no de manera alguna exclusiva, de emociones y ruido exterior para tapar el vacío interior; los efectos en la subjetividad de la tendencia mercantil, presente donde todo tiene un precio sujeto al mercado y por tanto puede comprarse y venderse; la idea, en gran medida fantasiosa y como parte de lo mencionado, de la utopía de la realización exclusivamente personal; el escepticismo frente a la sociedad, la vida y los hombres, pero no visto como estado de pesimismo sino de "sano realismo"; la idealización del cuerpo, buscando conservarlo eternamente joven; desarrollo y construcción de una subjetividad aferrada y ligada a los valores del mercado; incremento de niveles de inseguridad frente a múltiples ámbitos de la vida, no sólo por la creciente peligrosidad del mundo (delincuencia, etcétera) sino ante los riesgos cotidianos: de mantenimiento del trabajo, relaciones afectivas, condiciones económicas, etcétera; fundamentales cambios en la dinámica familiar, donde tanto los vínculos dentro de ésta como el peso de la misma se ha reducido con notoriedad, con incrementos del nivel de influencia del mundo externo y los medios masivos de difusión; aumento de tendencias de pasividad y también la compulsividad a hacer cosas; uso cada vez mayor de mercancías, alimentos, técnicas, psicoterapias, etcétera, de tipo light, que producen también una vida cada vez más light; como un aspecto central que necesitaría de un amplio desarrollo, no pueden dejar de citarse las actuales formas de manejo de la agresividad; la existencia de lo que se ha definido como un yo saturado (Gergen, 1992); etcétera.

¹⁸ Aunque con un sentido trágico pese a su tono humorístico, es posible decir que, frente a estas tendencias depresivas, la histeria dominante a fines del siglo XIX era por lo menos más divertida.

Conclusiones con retorno al inicio

Indudablemente muchos aspectos quedan sin verse, entre ellos uno teórico como es el de los vínculos entre las postulaciones neoliberales y algunas de las tendencias llamadas de modo genérico "posmodernas", a su vez vinculados a otro teórico-práctico que es el de las posturas de la mayor parte del mundo *psi* respecto a todo lo aquí planteado, muy diferentes al de épocas anteriores donde no dominaba pero sí existía un más importante sector crítico y no conformista. En torno a lo primero sólo una breve acotación: es interesante observar que, salvo excepciones, los muy escasos estudios sobre esta problemática hacen eje en que son producto de lo que entienden como cultura *posmoderna*, eliminando o desvalorizando la importancia de la forma *neoliberal*, hoy hegemónica en casi todo el mundo (aunque con variantes de tal modelo de acuerdo a las características de cada país). Éste no es el lugar para un análisis de las diferencias y vinculaciones entre ambos modelos, pero es pertinente reconocer la existencia de tales vínculos, y que para algunos autores la economía de mercado sería el correlato cultural de la posmodernidad (Brunner, 1998). En esta negación de los efectos del neoliberalismo sobre el psiquismo de los sujetos parecería caerse en una práctica de evitar las responsabilidades del mismo, que prefieren hacerse recaer sobre una forma cultural de por sí imprecisa y polivalente (la posmodernidad) y, sobre todo, sin una corporeidad que pueda asumir tal responsabilidad, mientras que el modelo neoliberal es ejercido por modelos, entidades y personas concretas y definibles en cada país y en el mundo.

El "retorno al inicio", del subtítulo, es para volver a enfatizar la necesidad de incorporar, pero no de manera secundaria, problemáticas acerca de "salud mental" y subjetividad en el combate al poder hegemónico, no limitándolo a las causas estructurales como de manera preponderante se hace ahora, lo cual no sólo deja de lado algo sustantivo vivido y sufrido por amplísimos sectores de la población mundial —aunque en muchos casos es necesario hacerlos conscientes de esto y sus causas, de manera similar a lo que se hace con aspectos económicos y sociales—, sino también para no dejarlas en manos de diferentes posturas (reformistas, religiosas, etcétera) que las utilizan para servir a sus intereses o se limitan al señalamiento de los efectos sin la comprensión de las causas que los originan, proponiendo por tanto salidas exclusivamente éticas y/o utópicas que, más allá del valor que puedan tener, poco contribuyen a la producción de cambios reales.

El combate a todo lo aquí indicado como expresión del poder hegemónico es, o puede ser, parte sustantiva de la lucha por la emancipación humana, tal como lo señala Berman: "desde los tiempos de Marx y Dostoyevsky hasta los nuestros, ha sido imposible captar y abarcar las potencialidades del mundo moderno sin aborrecer y luchar contra algunas de sus realidades más palpables" (1988:XII).

Bibliografía

- ATXOUTEGUI, Joseba (1982). "Tortura y psicoanálisis: una aproximación al tema", en J. DE LA CUEVA y otros. *Tortura y sociedad*. Madrid. Editorial Revolución.
- BERMAN, Marshall (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México. Siglo XXI. 3ª edición.
- BRUNNER, José Joaquín (1998). *Globalización cultural y modernidad*. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica.
- CARUSO, Igor (1964). *Psicoanálisis dialéctico*. Buenos Aires, Paidós.
- DICHTER, Ernst (1964). *La estrategia del deseo*. Buenos Aires, Huemul.
- DOBLES, Ignacio (1990). "Apuntes sobre psicología de la tortura", en Ignacio MARTÍN-BARÓ (compilador). *Psicología social de la guerra*. San Salvador, UCA Editores.
- EUDES, Y. (1984). *La colonización de las conciencias*. México. Gustavo Gili.
- FOUCAULT, Michel (1976). *Vigilar y castigar*. México, Siglo XXI.
- FROMM, Erich (1962). *El miedo a la libertad*. Buenos Aires, Paidós.
- GERGEN, Kenneth (1992). *El yo saturado*. Barcelona. Paidós.
- GUINSBERG, Enrique (1984). *Publicidad: manipulación para la reproducción*. México. Plaza y Valdés/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
- _____ (1984a, 1988 y 2005). *Control de los medios, control del hombre. Medios masivos y formación psicosocial*. México, Nuevomar. 1a. edición; Pan-gea. 2a. edición; Plaza y Valdés. 3a. edición.
- _____ (1990 y 1996). *Normalidad, conflicto psíquico, control social*. México. Plaza y Valdés/Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. 1ª y 2ª ediciones.
- _____ (2000). "Lo light, lo domesticado y lo bizantino en nuestro mundo psi". en revista *Subjetividad y Cultura*. México, núm. 14 (reproducido en el libro *La salud mental en el neoliberalismo*).
- _____ (2001 y 2004). *La salud mental en el neoliberalismo*. México. Plaza y Valdés. 1ª y 2ª ediciones.
- _____ (2002). *El malestar en la cultura en América Latina*. México. UNAM. tesis para optar por el grado de doctor en Estudios Latinoamericanos.
- _____. Miguel MATRAJT y Mario CAMPUZANO (2001). "Subjetividad y control social: un tema central de hoy y siempre". en revista *Subjetividad y Cultura*. México, núm. 16.
- JERVIS, Giovanni (1979). *Manual crítico de psiquiatría*. Barcelona. Anagrama. 2ª edición.
- LIPOVETZKY, Gilles (1988). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, Anagrama. 3ª edición.
- MARX, Karl (1955). "Tesis sobre Feuerbach", en MARX-ENGELS. *Obras escogidas*. Moscú. Progreso, tomo II.

- PARSONS, Talcott (1982), *El sistema social*, Madrid, Alianza Editorial.
- REICH, Wilhelm (1973), *Psicología de masas del fascismo*, México, Roca.
- ROSEN, George (1974), *Locura y sociedad. Sociología histórica de la enfermedad mental*, Madrid, Alianza Editorial.
- SCHNEIDER, Michel (1979), *Neurosis y lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI.